

## EL ARCANO Y EL JILGUERO

Primera edición, abril de 2019

© Ferran Varela, 2019

© Del prólogo: Antonio Torrubia

© Del postfacio: Daniel Garrido

© De la ilustración de cubierta y mapa interior: Manuel Gutiérrez

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador

(una marca de El Inventor de Mundos, S.C. - CIF: J93324580)

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador

Depósito legal: MA 334-2019

ISBN: 978-84-949991-1-6

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - *Printed in Spain*

[www.edicioneseltransbordador.com](http://www.edicioneseltransbordador.com)

# EL ARCANO Y EL JILGUERO

FERRAN VARELA

PRÓLOGO DE ANTONIO TORRUBIA

POSTFACIO DE DANIEL GARRIDO



AVANCE EDITORIAL

CAPÍTULO UNO



**P**regúntale al Emperador a qué sabe la victoria, y responderá que a oro y poder. Pregúntale al General, y asegurará que a honor y gloria. Pregúntale al soldado, y contestará que a mujeres y vino. Pregúntame a mí, y te diré la verdad. La victoria sabe a sangre y a enfermedad, a hambruna y a fuego. Su aliento arrastra el aroma de la ceniza y la muerte.

He vivido lo suficiente como para saber que el camino de la conquista se erige sobre millones de cadáveres pudriéndose al sol, y que de largo se pierde en el horizonte. En innumerables ocasiones he visto marchar sobre él a jóvenes soldados que, ebrios de fanatismo patriótico, ensalzaban a voz en grito heroicas gestas pasadas. Entonaban himnos sin fin e izaban majestuosos pendones que ondeaban al viento. Idiotas. No saben que los trovadores mienten, que su bandera no es más que un trapo. Los soldados no ganan las guerras, sólo las luchan. Matan y mueren a hierro, en una orgía de huesos quebrados. Golpe a golpe, sus brazos interpretan la canción de la cruzada: filo contra escudo, flecha contra coraza, maza contra yelmo y acero contra carne. Y sobre el estruendo del metal, los gritos agónicos contestan las mudas preguntas: ¿quién es vasallo del Señor más poderoso? ¿Cuál de nuestros amos escribirá la Historia? ¿La avaricia de qué rey merece más sacrificios?

Odio la guerra. La aborrezco desde lo más profundo de mi ser, pero nadie lo diría. Al escuchar mi nombre los hombres escupen al suelo, las mujeres se persignan y los niños se esconden bajo sus camas. Cuentan las historias que Mezen el Ariete haría palidecer a la mismísima Lamia Oscura. Y tienen razón. Mi objetivo es sembrar el terror en el corazón de los enemigos del Imperio. Perpetro atrocidades que repugnarían al Rey Demonio con tal de desmoralizar a mis adversarios y conseguir así que se rindan antes de presentar batalla. Resulta irónico que lo haga para salvar cuantas vidas me sea posible. Intento

que el Imperio anexiona ciudades sin hacerlas probar la fuerza de sus lanzas. No pretendo excusar mis actos fingiendo que no son crímenes abominables, pues soy consciente de las crueldades que cometo. Sencillamente, creo que es preferible un muerto en la picota a miles en el campo de batalla. Aunque antes de ir a parar allí el cadáver haya sido quemado, mutilado y aplastado por los cascos de un caballo. Aunque haya tenido que desollarlo con mis propios dientes.

«No soy un monstruo», me digo a mí mismo. Hoy lo he repetido más de lo normal. Estoy haciéndome viejo. Mis pecados empiezan a pesar más que mi interés por el futuro, pero debo continuar. Aún restan dieciocho ciudades independientes en Hann, y el Emperador no quedará saciado hasta que las controle todas. Debo impedir que su ansia de poder se cobre más víctimas, a pesar de que ello suponga cumplir los deseos de ese loco. Me pregunto qué hará cuando todo el mundo conocido esté bajo su férreo puño. Quizá decida conquistar el Inframundo, o le declare la guerra a los Áureos. No creo que lo detenga el hecho de que ni una cosa ni la otra existan en realidad. Le doy vueltas a esta idea mientras cabalgo en plena noche, camino a Noholdn.

De las llamadas ciudades libres Noholdn es la más pequeña, la más aislada y la más pobre. Sin embargo, sus defensas son inigualables, cosa que el Emperador ha interpretado como un desafío. Situada en el desierto helado de Pur, en el extremo sureste del continente, confía su protección al frío y la piedra. Su silueta no tarda en aparecer por el horizonte, iluminada por la tenue luz de las lunas menguantes. Es un gigante de tres murallas concéntricas rematadas por una atalaya armada. Inexpugnable. Parece una tortuga tarasca perdida en un páramo blanco. A medida que me aproximo, comienzo a distinguir las formas del campamento imperial a los pies del muro exterior. Noholdn lleva más de cinco meses asediada por las fuerzas del Imperio. Sus habitantes están convencidos de que si resisten un poco más el Emperador perderá el interés por conquistarlos. La espera paciente es una estrategia que siempre les ha funcionado. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, su ciudad no posee valor estratégico, recursos útiles, ni representa amenaza alguna contra el dominio de Leene. Demasiado esfuerzo por un premio tan escaso. Los muy ilusos creen que sólo tienen que aguantar escondidos en su fortaleza hasta que llegue

el invierno. No saben que el loco del Emperador no dudará en enviar hasta el último de sus soldados contra ellos, oleada tras oleada, por el mero capricho de conquistar lo inconquistable. Sería capaz de hacer que sus hombres saltasen las murallas de Noholdn trepando por una montaña formada por los cuerpos muertos de sus compañeros. Y eso es algo que no puedo permitir.

Alcanzo la entrada del campamento cuando Tereth, la luna verde, está en su cénit. Detengo a Susurro con un firme tirón de riendas justo frente al centinela de guardia. Está tan borracho que tiene que hacer verdaderos esfuerzos por tenerse en pie entre cabeceos. Dormita apoyado en el asta de la lanza. Ni siquiera se ha percatado de mi presencia. Es inaceptable, y como autoridad militar no puedo dejar tal actitud sin castigo. No es bueno para la tropa ver que sus superiores no tienen la mano firme, los vuelve blandos y descuidados. Por otro lado, el soldado tiene cara de niño. Con suerte, habrá visto dieciséis primaveras. Decido que si antes de que yo llegue a él es capaz de mirarme, reconocermelo y cuadrarse, me mostraré magnánimo y sólo le daré un buen susto. Desmonto sin prisas, e incluso me permito hacer bastante ruido para darle la oportunidad de despertar antes de tener que enfrentarse a mí. Por desgracia, el sueño, el alcohol y el cansancio ciegan sus sentidos. No me queda más opción que escarmentar al pobre chico. Me coloco a su lado, desenvaino mi fiel cuchillo kukri y presiono el filo contra su cuello. El frío contacto del metal lo espabila. El joven abre los ojos, alarmado, pero no se mueve ni un ápice. Espero unos instantes a que sea consciente de lo que acaba de ocurrir, a que el pavor de la anticipación empape su alma. Siento sus temblores a través de mi acero. Paladeo el agrio sabor de su terror. Huelo el áspero hedor de su miedo. Sabe que un giro de mi muñeca puede segar su futuro. Inclino mi cabeza hacia su oreja y comienzo el juicio ritual con un murmullo ronco:

—Tu incompetencia enfurece al Imperio. Te he observado, te he juzgado y te condeno, mas tu condición de soldado y tus horas de servicio me obligan a concederte una última bocanada de aire. Disfrútala en silencio o úsala para contestar a mi pregunta. ¿Con qué saciarás mi sed de venganza? ¿Sudor o sangre?

—S-sudor —logra articular el centinela.

—Sea —concedo. Todos eligen lo mismo, aunque no sé cuál de las dos opciones resulta más dura—. Soy Mezen el Ariete, Alto Oficial del Sacro Imperio Leenero. Escucha de mis labios la voz del Emperador: te sentencio a una vida de servicio, desde el próximo amanecer hasta tu último ocaso. Cada gota de sudor que derrames a partir de ahora pertenece a Leene por derecho y no te será pagada ni agradecida. Nunca ascenderás, nunca te retirarás, nunca volverás a tu hogar. Vivirás y morirás en el campo de batalla. Para cumplir con tu pena te despojo de tus recuerdos y de tu nombre y te entrego a cambio el rango de vexilario. Cargarás el peso del Imperio sobre tus hombros.

Tras el veredicto, retiro de su yugular la curva hoja de mi kukri. El chico se lleva una mano al cuello intacto y cae de rodillas, llorando. Supongo que servir de portaestandarte al ejército es mejor que servir de alimento a los gusanos. Por lo menos le he dado al chico la oportunidad de elegir. Lo dejo sollozando en la nieve y me adentro en el campamento guiando a Susurro por las riendas. Ser piadoso mientras se aparenta ser cruel es un arte complicado.

No tardo en encontrar el pabellón de lona del General al mando. Es más grande que el resto y sobre él ondea el emblema de los Mopoi: torre en sable sobre campo de azur. El clan Mopoi lleva cuatro generaciones liderando las acometidas más duras del Imperio Leenero. Su tropa, la sexta, se ha ganado el sobrenombre de «el Gólem» por su casi infinita resistencia a los ataques de sus rivales. Pero todo tiene un límite. Sólo hace falta echar un vistazo al campamento para ver que el Gólem está agotado. Las pocas caras que me he encontrado entre las tiendas me han mirado con hastío y desconfianza, y en sus ojos he leído la ansiedad. Los hombres llevan demasiado tiempo atrapados en un punto muerto contra las murallas de Noholdn y la moral está por los suelos. Nunca antes se habían encontrado ante un objetivo tan bien defendido, y no ser capaces de tomarlo tras meses de asedio les ha supuesto un tremendo golpe psicológico. El Gólem es fuerte, tenaz y brutal, mas la paciencia no se cuenta entre sus virtudes. Los informes que me llegaron hace unas semanas hablaban de las primeras deserciones y, cuando empiece el invierno y se racionen los víveres, es más que probable que estalle un motín. Si la revuelta es aplacada, ejecutarán a los alborotadores, mientras que, si triunfa, la sexta tropa

será considerada rebelde y se convertirá en el próximo objetivo del Emperador, que la barrerá de la faz del mundo. La única posibilidad de evitar esas muertes pasa por conquistar la ciudad antes de que lleguen las primeras ventiscas, por lo que no tengo tiempo que perder.

Ato las riendas de Susurro a un poste cercano y entro en el pabellón Mopoi sin ceremonias. Para mi divertimento particular, me encuentro con que Cedir Mopoi, condecorado General del Gólem, está disfrutando de las carnes de uno de sus escuderos más jóvenes. Antes de hacerme notar con un carraspeo, soy testigo de lo que podría calificarse como un espectáculo de contorsionismo de lecho. Tras reparar en mi presencia, Mopoi se detiene, me observa sin pudor alguno y se cubre con pieles al tiempo que despide a su escudero con un gesto. El chico se queda un instante en blanco, sin saber qué es lo que pasa, hasta que me ve. Me fijo en cómo su cara se transforma a medida que comprende quién soy. De confusión a pasmo. De pasmo a vergüenza. De vergüenza a miedo. Ha oído hablar de mí lo suficiente como para huir de la tienda a toda velocidad. Hacia la nieve. Desnudo.

—Mezen el Ariete —comienza Cedir Mopoi mientras se pone en pie—. No te esperaba hasta el alba.

—Al alba ya habrá acabado el asedio, Mopoi. El Gólem entrará en la ciudad sin necesidad de partirse los nudillos contra los muros.

—Siento no haberte brindado la recepción adecuada para alguien de tu rango —se disculpa el General—. Despellejaré al centinela de guardia por no haber hecho sonar el cuerno anunciando tu llegada. Tendrás su cabeza en una bandeja y su sangre en una vasija antes de que se pongan las lunas.

—No será necesario, ya me he encargado de su castigo —replico—. Sudor. Tu compañía cuenta con un nuevo vexilario.

—¿Otro portaestandarte? —espeta Mopoi—. Ya tengo más de los que necesito.

—Los portaestandartes son necesarios para la moral. Amedrentan al enemigo y dan ánimos al soldado en el combate.

—Lo que asusta al enemigo es un luchador fiero, y nadie lucha con más ferocidad que un soldado espoleado por el temor a su comandante. Una mano dura es una mano firme en el mando, Ariete. Mi estrategia nunca falla.

Sé a qué «estrategia» se refiere. La famosa criba del clan Mopoi se basa en ejecutar al miembro más débil de cada pelotón antes de una batalla importante. Después se arenga al resto, dejando claro que si huyen, pierden o se rinden, los siguientes serán ellos.

«Tu estrategia te fallará cuando uno de tus hombres te raje la garganta mientras duermes el sueño del placer tras haber retozado con tus escuderos». Logro contenerme justo a tiempo. Por desgracia, mi silencio revela lo que opino de sus tácticas con igual o mayor fuerza que las palabras que he conseguido tragarme.

—¿No pruebas mis métodos? —pregunta el General. Su tono me indica que se ha molestado—. ¿Cómo puedes ser tan cínico? Tú mismo utilizas el miedo para obtener victorias en nombre del Emperador.

«Yo no lucho ni por el Emperador, ni por el Imperio. Lucho por los soldados que mandas a la muerte y por los adversarios a los que aplastas. Lucho por la vida, no por la gloria». No lo digo. Es Alta Traición.

—Es cierto —miento—, pero yo no tengo personas a mi cargo que puedan volverse en mi contra.

—¿Insinúas que no sé controlar a mis subordinados? —estalla él.

—No, Mopoi. Insinúo que abusar de castigos disciplinarios en una campaña militar de condiciones extremas puede transformar a un aliado en enemigo.

Me he excedido, no soy quién para decirle cómo liderar su tropa. Es un error que puedo pagar con la vida si Mopoi decide retarme a un duelo formal por la afrenta. Si muestro un mínimo deje de debilidad ahora no dudará en desafiarme, y si me desafía, vencerá. No soy un luchador, y él aprendió a manejar el pico de guerra antes que a andar. Eso por no hablar de su tamaño, imponente incluso sin la armadura. Tengo que doblegar su psique antes de que él me machaque con su enorme físico. Nos miramos a los ojos sin parpadear. Endurezco mi expresión y frunzo el ceño. Pasan diez, quince, veinte latidos. El General acaba apartando la vista.

—Eres muy quisquilloso para ser un torturador despiadado, Ariete —comenta Mopoi, rompiendo la tensión del ambiente—. Pide lo que necesites para rendir la ciudad y se te dará.

—Quiero una hoguera ante las puertas de Noholdn, al nuevo vexilaro portando el estandarte Leenero junto a ella y una empalizada

de tres varas de alto y cinco de largo —digo, y entonces me fuerzo a sonreír mostrando todos los dientes—. Y un prisionero. El más recio que tengas.

Tardamos menos de una hora en hacer los preparativos. Los soldados de la sexta tropa invierten el tiempo en encender la pira, construir la empalizada y seleccionar al prisionero; el nuevo vexilaro, en despejarse la borrachera con un odre de agua helada y buscar el estandarte que lo acompañará el resto de su vida; y yo, en preparar mi mente y mi cuerpo para el crimen que estoy a punto de cometer.

Preparar el cuerpo es la parte fácil. En las alforjas de Susurro guardo cuanto necesito para dejar de ser un simple humano y transformarme en un Arcano del Tormento. No de forma literal, claro. Los Arcanos del Tormento no existen más que en las cabezas de los habitantes de Hann, son parte de su folclore. Cuentos de vieja que se utilizan para asustar a los niños, historias de terror que se narran junto al fuego. Palabras, nada más que palabras. Sin embargo, presentarme ante los habitantes de Noholdn como la encarnación de uno de esos espectros le dará alas a sus pesadillas. Al principio se mofarán al verme disfrazado ante sus murallas, mas cada grito que le arranque al prisionero mermará un poco su determinación de resistirse al Imperio. «¿Y si en verdad es un Arcano del Tormento?», pensará uno; «¿y si arrastra nuestras ánimas al Inframundo?», comentará otro; «¿y si es mejor rendirse?», propondrá un tercero. Y Noholdn caerá.

Pieza a pieza, con la habilidad que forja la práctica, me cubro con las tres pieles del Arcano. La primera es blindada: cota de malla doble remachada sobre un gambesón de cuero, grebas militares, guanteletes tachonados y botas reforzadas con hebillas de hierro. La segunda es discreta: un ancho sobreveste gris oscuro, de lana de catoblepa, que oculta mi coraza a ojos ajenos. La tercera es demoníaca: una capa de rostros que yo mismo arranqué de sus dueños cuando aún aullaban su último aliento. Veintiocho caras de párpados vacíos y bocas abiertas en un rictus agónico, cosidas una junto a otra. Veintiocho. Una por cada urbe, cada pueblo y cada aldea rendida a mis manos. La capa es tan larga que bastaría para brindar abrigo a tres hombres, uno encima del otro. La llevo arrastrando como una cola de rata, dejando una estela en la nieve. Soy la Parca vestida de novia.

Preparar la mente es más complicado. Me hago a la idea de lo que voy a emprender y me convengo de que es lo mejor para todos. Muere uno, viven diez mil. Es un buen trato. Cualquiera en su sano juicio firmaría ese acuerdo sin pensarlo dos veces. «Cualquiera excepto el prisionero». Tomo el yelmo entre mis manos y observo mi reflejo en la superficie de acero bruñido. «No soy un monstruo», me digo, aunque ya no sé si me creo. Luego me coloco el casco y, muy a mi pesar, no puedo reprimir una carcajada. Tiene forma de calavera de carnero. No en vano me llaman «el Ariete».

Antes de dirigirme hacia la hoguera, tomo de las alforjas un saco al que llevo proporcionando calor y alimento desde antes de internarme en el páramo helado de Pur. Lo abro lo justo para cerciorarme de que lo que hay dentro sigue vivo, y uno de los pequeños seres que guardo en su interior escapa, cae y corretea como un punto negro sobre un lienzo virgen. Debo reconocer que en un principio no las tenía todas conmigo respecto a esto. Creía que unas cuantas alas rojas hubieran sido un símbolo más intimidatorio, pero era consciente de que serían difíciles de mantener con vida en un clima tan frío que te hiela el tuétano de los huesos. Ahora me doy cuenta de que mis nuevos aliados cumplirán su papel a la perfección. Sonrío, satisfecho, y oculto el saco entre la cota de malla y el sobreveste, a la altura de mi vientre. Parece una gran panza. Será un buen golpe de efecto.

Me presento ante las puertas de Noholdn cuando Biri, la luna blanca, ha comenzado a descender y Tereth, su hermana verde, ya se ha puesto. A unos diez pasos a mi izquierda se halla el recién nombrado vexilario, alzando el emblema del Sacro Imperio Leenero como si le fuese la vida en ello. Se ha despejado lo suficiente como para que no se le note la borrachera que hace una hora escasa lo tenía al borde del desmayo. A mi derecha se alza la empalizada que me parapetará de las flechas noholdnenses mientras torturo al prisionero. A mi espalda arde la inmensa fogata, proyectando una alargada y oscura sombra que nace a mis pies y muere al alcanzar la cima de la primera muralla. Sobre ella, tres docenas de soldados enemigos me apuntan con arcos y ballestas.

—¡Noholdn! —grito con toda la potencia de la que son capaces mis pulmones—. ¡Noholdn, despierta! ¡Tengo una oferta para ti! ¡Soy Mezen

el Ariete, Arcano del Tormento y Alto Oficial del Sacro Imperio Leenero, y mi voz es la voz del Emperador! ¡Bajad las armas, abrid las puertas, rendid pleitesía al Imperio y se os permitirá vivir! ¡Negaos y os aseguro que cada hombre, cada mujer y cada niño perecerá a mis manos!

Un oficial noholdnense me sugiere el sitio por el que puedo meterme la propuesta del Emperador. Otro remata el comentario insinuando que, si no me cabe por las buenas, puedo ponerme en pompa y dejar que mi vexilario la empuje con el asta del pendón Leenero. Una risotada generalizada se extiende entre las filas enemigas. Después me lanzan su contraoferta. Con arcos y ballestas.

Abro los brazos en cruz y dejo que las flechas y saetas me alcancen. Cuatro de los proyectiles quedan clavados en mi torso. Dejo pasar unos instantes inmóvil, fingiendo que han conseguido herirme, y luego me río con estrépito. Mi cota de malla doble, oculta bajo el sobreveste, ha detenido los golpes a costa de perder unas pocas anillas, mas a ojos noholdnenses debo parecer inmortal. «Y ahora, el golpe de efecto». Entre carcajadas desenvaino mi daga, me la clavo en el vientre y la deslizo de izquierda a derecha. A pesar de las apariencias, lo que rajo no son mis intestinos, sino el saco que llevo escondido sobre el cinto. Su contenido se desborda por doquier. Decenas de cucarachas caen en cascada desde mi vientre y se expanden correteando a mi alrededor. Son una mancha de tinta sobre el blanco inmaculado de Pur. Son una plaga, una enfermedad. Un heraldo de la muerte.

Los defensores de Noholdn ya no dudan de mi condición de Arcano del Tormento y se lanzan miradas de preocupación entre ellos. En sus cabezas ya han comenzado a rendirse. Es el momento. Alzo una mano y hago la seña para que me traigan al prisionero. Me extraña ver que es el propio Cedir Mopoi quien conduce a la pobre víctima, pero me sorprende aún más que el reo sea una niña flacucha de unos seis años. La pequeña ni siquiera se resiste. Tiene la mirada extraviada y una expresión insondable.

—Dije que quería al preso más recio —siseo cuando Mopoi se acerca a mí arrastrando a la chiquilla por las cadenas.

—¿Dijiste el más recio? —me contesta, sonriente, antes de lamerse los labios—. Entendí la más puta. En todo caso, te aseguro que puede lidiar con las lanzas de seis soldados a la vez.

Bastardo cabrón. Esta es su venganza por haberle insinuado que no sabe dirigir su tropa. Tengo que emplear toda mi fuerza de voluntad para no acuchillarlo aquí mismo. Mis manos tiemblan de furia. Después de lanzar la oferta a Noholdn ya no puedo echarme atrás. La niña debe morir para que la ciudad caiga. Morir de la peor de las formas.

—¡Noholdn! ¡Tienes hasta el amanecer para abrir tus puertas! —grito—. ¡Mientras te decides, déjame deleitarte con mis artes! ¡Permíteme mostrarte lo que les espera a los enemigos del Imperio!

Algunas flechas piadosas vuelan en dirección a la niña para ahorrarle sufrimiento, pero consigo colocarme delante de ella y cubrirla hasta el refugio que ofrece la empalizada. Ya a salvo de los proyectiles, la encadeno a un rodigón de madera y la hago tragar flor de vigilia para asegurarme de que no se desmayará por el dolor. A continuación le coloco un bozal de cuero con un cono hueco a la altura de los labios cuya única función es ampliar la potencia y el alcance de los gritos para que lleguen hasta el último recoveco de Noholdn. Saco mis instrumentos de tormento, miro a la niña a los ojos y le pido perdón por lo que voy a hacerle. Le aseguro que su sacrificio salvará miles de almas. Que será recordada como una heroína de guerra. Que los mártires tienen reservado un lugar muy especial en el Plano Etéreo. Ella, por toda respuesta, deja caer una lágrima que recorre su mejilla. «No soy un monstruo», me digo, aunque sé que no es cierto. Y los gritos empiezan a apuñalar la noche.

Los alaridos resuenan hasta el amanecer. Su eco despierta a las banshees, que gimen por simpatía desde algún túmulo cercano. Para entonces, Noholdn ya no es una ciudad libre. Las puertas de sus tres murallas se abren de par en par y los soldados del Gólem entran en ella como abejas en una colmena. Mopoi está lanzando órdenes al aire a unos veinte pasos de mí cuando, de pronto, se gira y me dedica una resplandeciente sonrisa. Yo, sosteniendo en mis manos un pellejo que hasta ayer era el rostro de una chiquilla, le devuelvo la mirada.

«Esperaré a que toda Hann sea conquistada. Esperaré a que no sea necesario un ejército, a que no haya adversario contra el que el Imperio pueda luchar. Esperaré a que el hijo del Emperador tenga edad para gobernar, con tal de evitar una guerra civil en pos del Trono de

Mesetrigo. Y entonces os mataré. A ti y al Emperador. Os daré la muerte más dolorosa que pueda concebirse en este mundo. Agonizaréis durante semanas, y eso no será más que el comienzo. Pasarán meses desde que empiece a torturaros hasta que vuestros rostros terminen en mi capa diabólica. Os arrancaré los dientes con tenazas y os obligaré a masticar esquiras de metal con las encías desnudas. Dejaré que los insectos pongan huevos en vuestras heridas abiertas. Os desollaré. Lo haré tan despacio que me dará tiempo a curtir vuestra piel por un extremo mientras el otro aún os cuelgue de la carne. Vuestros músculos descubiertos se retorcerán bajo el suplicio de la sal y el limón y, cuando perdáis el sentido de puro dolor, os despertaré con flor de vigilia una, y otra, y otra vez. Gritaréis hasta que se desgaren vuestras cuerdas vocales y después, con labios mudos, os obligaré a suplicar clemencia. Y conoceréis por mi mano que no es piedad lo que otorga un Arcano del Tormento. Lo juro por las lunas, por la noche y por la sangre que tiñe de rojo mis sueños».

Monto a Susurro antes del mediodía. A su lomo soy una sombra gris que atraviesa rauda el páramo helado de Pur. Aún restan diecisiete ciudades libres en Hann, y yo debo poner fin al siguiente asedio. Cada instante que pierdo es un latido menos en la cuenta atrás de una nueva batalla. A pesar de ello, me detengo en un montículo y contemplo por última vez las murallas de Noholdn.

He vencido a una ciudad invencible. He conquistado lo inconquistable. He salvado miles de vidas a costa de una sola. Y aun así, como siempre, la victoria me sabe a ceniza y a muerte.